

Luis Alberto Sánchez

## Dos notas sobre Martí

### GENEALOGIA MORAL DE JOSE MARTI



los biógrafos les basta saber que el padre corporal de Martí fué un honesto policía español, y que al héroe le dolió tanto la muerte de su progenitor físico, que no pudo callar su angustia en cierta famosa carta iniciada con una exclamación agónica: "Palabras no puedo". Mas, a los que ya nos fatigamos de tanta lumbre histórica, nos convida más a meditar la otra progenie, la moral, de que Martí se jacta a menudo aun cuando sus exégetas la soslayan sin necesidad ni conveniencia. Me estoy refiriendo a la moral.

De los movimientos de emancipación americanos, ninguno posee los rasgos típicamente ideológicos del de Cuba. En todas partes diéronse cita señores de mucha hacienda, o pelados de ninguna, pero, no se curaron tanto de dotar su movimiento de tesis principistas, y d'Alembert, y Montesquieu, y Locke, y Adam Smith, y Bentham, y Puffendorf, y Condillac, etc., asoman la cabeza aquí y allá, los suyos parecen sacudidas de bozos, aireaciones de delfines, saltos rápidos en pos de respiro, y luego, la sumersión en el quieto y hondo océano de la pelea partidista y cacical. Cuba no fué así.

Influyó en ello la singular posición de un país rodeado por to-

das partes de agua y de naciones recién emancipadas. Los llamados partían de Yucatán, al frente; de Haití, al lado; de los Estados Unidos, más allá; de Venezuela. Todos iban ya camino de mayoría, y Cuba, pese a que desarrollara el iluminismo en grandes proporciones bajo el obispo Espada y el gobernador Las Casas, debía resignarse a ser vivero de "milicianos" y escenario de "componte", como la vecina isla de Borinquén. Aquella servidumbre más allá de lo normal, acendró el espíritu cubano, le obligó a buscar sus esencias, a hacerse adulto. Ciertamente que no lograba la libertad política; había conseguido, en cambio, la intelectual. Ninguno de los Estados antes españoles, había caminado tan verticalmente, hacia lo hondo, como los cubanos. Sus tentativas resultaban de cavilaciones. Había un sistema, un bien trabado sistema por debajo de sus gestos. Martí fue la flor de todo ese carmen. En él revienta lo quinquagesimario; se convierte en alquitara y paradigma. Fue el guión, tal vez, a contrapelo.

Esta es una historia instructiva y conmovedora.

Principia con el presbítero José Agustín Caballero, a fines del siglo XVIII. Espíritu "fronterizo", según le apoda Vitier, aludiendo a su formación escolástica y su simpatía sensualista, contribuyó poderosamente a limpiar el ambiente de rezagos coloniales-mentales, aunque subsistiesen los políticos. Por algo, Menéndez y Pelayo considera que Cuba poseyó durante el siglo XIX "una cultura científica y filosófica que todavía no ha amanecido en muchos de ellos" (los países hispanoamericanos).

Si empleásemos el lenguaje de la Biblia, en su parte del Génesis, deberíamos continuar este relato, diciendo: Y del presbítero Caballero, nació el padre Varela; y del padre Varela nació José Antonio Saco; y de José Antonio Saco, nació José de la Luz; y de José de la Luz, nacieron Enrique José Varona y José Martí; y de José Martí, la libertad de Cuba...

Séame perdonado que prescindiera de Parreño y de Mestre, mas no aspiro a una ajustada cuenta heráldica, sino a un itinerario de ideologías y apetencias y de éticas...

He aquí la palabra mágica en todo el desarrollo del pensamiento cubano: la ética, la conducta. No hay quien pueda ser acusado de atentado contra ellas, de inconducta.

Tanto el presbítero Caballero, como Varela, Saco, De la Luz, Mestre, Varona, Martí, fueron ante todo y sobre todo apostólicos. Aunque me tiene ya el tema individual, debo ceder a una exigencia de conjunto. Cuba era una isla capitosa, situada en medio de un mar de aventura y sensualidad, de trabajo fácil, de goce permanente, de cielo claro, de mar riente, de tierra feraz, de individuos mestizos, con esa incesante alegría infantil del africano. En Cuba se podía ya ser cualquier cosa, como repiten los hombres de ahora, "menos ser pesado". Espíritu de corcho y voluntad de algodón, necesita un severo régimen de hierro para resistir los vendavales de las pasiones. Cuba era la isla mirífica de "la mulata Trinidad". De ella emanaba la alegría sin resabios, como algo espontáneo. España se había vuelto dura, a pesar suyo, pues todo invitaba a molicie.

Los intelectuales inician la campaña. Primero, constituir un núcleo de firmes decisiones y doctrinas vigorosas. Después, la acción. Como ésta se retarda por mil circunstancias, en el entretiem po van acrisolándose los caracteres. El de José Martí sobrepasa a todas las expectativas. De ahí la frialdad con que acomete la campaña final, deseoso de morir se para que nacieran nuevos bríos. Fué cumplido su deseo.

Sigamos ahora la enumeración genética:

El presbítero Caballero, el "fronterizo", aleccionó a Félix Varela, de quien Rosario Rexach ha dicho muchas cosas útiles en su libro *El pensamiento de Félix Varela* (1950). Había nacido este prócer en 1788, según parece, y fué, también como Caballero, "hombre de transición", entre el escolasticismo y el racionalismo, y entre el sensualismo y el empirismo. Trató de separar la filosofía de la religión y, por ende, darle mayor aliento humano y social. Pertene cen a Varela las siguientes palabras reveladoras de su voluntad "de barrer", conforme le dijera al obispo Espada: "Hay un idioma greco-latino-bárbaro-arbitrario que llaman escolástico, y unas fór-

mulas y ceremonias que dicen se deben enseñar en las clases de filosofía. Yo no enseñaré nada de esto, porque no soy profesor de idiomas ni de formulajes, sino un compañero que va facilitando a los principiantes el estudio de la naturaleza, la cual no es ningún idioma ni admite reglamento”.

A invitación del obispo Espada, Varela se presentó para la cátedra de Constitución, creada después de 1812. La abrió en 1821. Ya estaba de redondo en la política. Tenía 93 alumnos. Al año siguiente, lo eligieron diputado a Cortes, y se dirigió a España. Propuso la abolición de la esclavitud, la autonomía de Cuba y el reconocimiento de la independencia de la América antes española. Como votara a favor de la declaratoria de incapacidad de Fernando VII, lo acusaron de lesa majestad y condenaron a muerte, por lo que tuvo que huir de España, 1824, y refugiarse en los Estados Unidos. Siguió su faena de publicista democrático. Estuvo a punto de ser obispo de Nueva York. Murió paupérrimo en 1853. Uno de sus últimos escritos decía: “He adquirido el inestimable tesoro del desengaño... Yo soy mi mundo; mi corazón es mi amigo, y Dios, mi esperanza”. Parece estar escuchando, anticipadamente, a Martí en su testamento político.

José Antonio Saco tenía 24 años cuando reemplazó en la cátedra a su maestro Varela. Las preocupaciones de Saco anticipan también las de Martí. Su estudio sobre “la vagancia en Cuba” es como el de sobre las prisiones que el adolescente Martí publicaría a raíz de su excarcelación. Saco analiza la historia de la esclavitud de los negros y de los indios en el Nuevo Mundo (de que hay reedición en 4 y 2 volúmenes respectivamente), y ahí revela su intensa pasión libertaria.

Saco se negó a aceptar su confinamiento en Trinidad, a causa de sus terminantes declaraciones liberales. Le desterraron, entonces, el año de 1834, diez después de Varela, y permaneció expatriado cincuenta y tres años, hasta su muerte, ocurrida en 1889. Saco rechazó el anexionismo. No comulgó con la exasperación de los que pretendían juntar a Cuba a los Estados Unidos. “Yo quisiera —es-

ció— que si Cuba se separase, por cualquier evento del tronco a que pertenece, siempre quedase para los cubanos y no para una raza extranjera”. Agregaría en otras partes: “Todo pueblo que habita un mismo suelo, y tiene un mismo origen, una misma lengua y unos mismos usos y costumbres, ese pueblo tiene una nacionalidad (...). Negar la nacionalidad cubana es negar la luz del sol de los trópicos, en punto de mediodía (...). O España concede a Cuba derechos políticos, o Cuba se pierde para España”.

La firme actitud de José Antonio Saco prepara así la decisiva prédica martiana: mejor dicho, la actitud martiana.

A Saco le reemplazó José de la Luz Caballero, el “don Pepe” de las más entrañables consejas patrióticas cubanas. Fué el obispo Espada quien determinó su destino. De la Luz viajó por Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia; publicó una traducción suya de Volney, en París, 1830; se consagró a la instrucción. Y dijo: “Instruir puede cualquiera; educar, sólo quien sea un evangelio vivo”. Fué un evangelio vivo. Como lo sería también Martí.

De la Luz, de regreso a Cuba, polemizó acrememente sobre problemas filosóficos, identificándolos con los políticos. Uno de sus grandes enemigos fué el eclecticismo. Lo atacó sin tregua. Si se admitiese la doctrina de Cousin, decía, estando Cuba bajo tiranía, ésta se justificaría eclécticamente. Claro está que, con tales ideas, la ira gubernativa le persiguió hasta París, a donde regresó más tarde. Al saberse comprendido en una conspiración, regresó a enfrentarse con sus acusadores. De la Luz, como escritor, es el auténtico antecedente martiano. Mucho se ha menospreciado su tarea literaria. La encuentro difícil de igualar. Sus *Aforismos*, por ejemplo, son de una limpidez extraordinaria. Uno de ellos dice: “El que espera, desespera... y se escribe para no desesperar”. ¿No sería ésta, acaso, la clave del estilo de Martí?

Cuando De la Luz se halla en su apogeo, nace José Enrique Varona, 1849, cuatro años antes de José Martí. Es verdad que, por su precocidad, Varona, el “Próspero” de Rodó, destaca de manera singular. Ante de los treinta años se encuentra irradiando lecciones

de filosofía. Revoluciona a los jóvenes del 80, cuando ya Martí se ha lanzado a su apostolado. "En las épocas de transición —escribe Varona— tienen los espíritus ilustrados un alto deber que cumplir. El de señalar el término del movimiento evolutivo, el de suavizar las asperezas de los intereses o preocupaciones en conflicto, el de preparar anticipándola en lo posible, la adaptación, el de alumbrar, en fin, las sombras que hay siempre para la generalidad a la entrada de la mañana". Para Varona, según la dedicatoria de su *Lógica* (1880), la ciencia "conduce a la posesión de sí mismo y a la libertad". Una vez más, la comunidad entre ciencia, docencia, filosofía, moral y política, se pone al trasluz. Martí encarnó tan distintas tendencias y las regó con su sudor y su sangre. En él florece incomparable y magnífica la pasión de Cuba por su definitiva emancipación.

## I I

### MI JOSE MARTI

Eso es: "mi" José Martí. Porque no todos los personajes y escritores caben dentro del cuadro posesivo en primera persona. Los hay que pueden recibir el de segunda o tercera: "Tu" Vargas Vila; "su" Marianetti. El "mi" de hecho posee intimidad irrestañable. Hay que haberlo sentido mucho, que haberlo pensado mucho para utilizarlo. O, de rechazo, el autor debe no haberlo dentro de lo tuyo y lo suyo, para reducirse, de puro universal, a lo míisimo, lo más mío, de todo mío y sólo mío. Eso ocurre con José Martí.

\* \* \*

Nació en 1853 —fecha ritual hoy que la celebramos a los cien años— y no vivió sino lo preciso para justificar su apostolado. De no haber muerto a los cuarenta y cuatro no sabríamos qué hacer con su ancianidad, hombre nacido para ser joven, pugnaz y tier-

no, con la ternura y la pugnacidad que no más brota del alma, y el alma requiere que la envuelvan en juventud para no disonar y empequeñecerse, para no hacerse mecánica, rutinaria. Todos saben lo que le ocurrió de adolescente al hijo del policía Martí, un buen hombre a quien sorprendió la deslumbrante gloria del hijo. Antes de tiempo le hicieron saborear la cárcel, y él se empezó a edificar con un libro prematuramente agudo y certero, el sobre las prisiones de Cuba. Luego, su convicción de ser político. Le amargó hasta las heces la derrota, que eso fué la paz de Zanjón para los verdaderos patriotas de la isla. Y se dió cuenta de que sin unidad nada se construye, de que la unidad era la palabra de orden, de que unidad era condición de victoria, de que unidad debía ser la tarea previa, por lo que, dejando de lado sus anécdotas líricas (como la del idilio con María García Granados, a la sombra de unas palmas heráldicas y al arrimo de un mañoso ajedrez con el padre); la hidalga, pero forzada ligazón con la señorita Zayas, con quien se matrimonió y de cuyo vientre nació el único hijo confeso del héroe; la sospechosa, pero honda compañía con la señora Mantilla, dejando de lado todo eso, "mí" Martí es ante todo un ser intuitivo y dulce: intuitivo y seguro; dulce y también seguro. "Mí" Martí es de los seres que no confunden ni dejan confundir dulzura y blandura. De los que no permiten identificar certeza y cálculo, sino certeza y visión o previsión. Esto necesito explicarlo.

\* \* \*

Si observamos el periplo martiano, veremos que gira en torno de puntos muy bien determinados. Sobre un mapa hagamos el recuento. Nueva York, México, Tampa, México, Guatemala, Cuba, Venezuela, Santo Domingo, Jamaica, Tampa, Cuba. El Mar Caribe es su escenario. El *Mare nostrum*, el *Mare mihi* de Martí. El sabía que su mundo era el mundo soñado y trabajado. El mundo no era Londres, París, Madrid, a pesar de lo mucho que amó estas dos últimas ciudades. El mundo estaba en los alrededores de Cuba, porque

ahí moraban los antes socios de la gran hazaña: el valeroso negro Maceo, el tenaz chino Gómez, el terco Estrada Palma; ahí quedaría la vida del apasionado Céspedes; ahí concentraba sus noveles pensamientos el severo Varona; ahí había tendido su esperanza, como hamacas de un trópico ideal, De la Luz, el Padre Varela y José Antonio Saco. Martí se hizo deber circunscribirse a tales islas. Fué el isleño por excelencia. Lo de menos es que Cecilio Acosta fuese su amigo en Venezuela, y que Guzmán Blanco, el "Ilustre americano" le arrojase de su precario Edén. Lo importante reside en que él supo, desde el comienzo, ceñirse a un deber y reducirse a una zona. Fué el antillano por sí. Vivió entre vastos horizontes azules, y altas palmeras, y huracanados vientos, como que tales debían ser los bastidores y telones de su tragedia final.

Se combatían dentro de su cuerpo y alma, inconciliables impulsos. Por joven y esteta, por autor de versos, por ser un ente poético, le tentaban diversas sugerencias. Como hombre de combate, seguro de su destino, se le abría una sola ruta, no tenía sino un solo derrotero. La vida suele ofrecer tales contrastes. Los exégetas prefieren pintar a sus héroes en una actitud unilateral, hieráticos, partiendo constantemente hacia arriba, a instalarse en el plinto, buscadores de aplausos. José Martí era empinado y modesto. Habría dado mucho por confundirse con los demás, y disfrutar de la heredad sentimental que Dios le diera. Pero, en seguida, venía a perturbarle esa voz del deber, inaudita e insoslayable. Cuando más hubiese deseado arrullarse de halagos y suspiros, con María —"la niña de Guatemala, la que se murió de amor"— le asaltaba la visión de un compromiso hecho a una adusta mujer de sus predios, Carmen Zayas, a cuya vera voló, a casarse, dejando que María se agostase, flor única de sentimentalidad sin dudas. Luego, fué el amor completo el que le arrancó de la monotonía y el desespero. María Mantilla brindábale consejo, ternura; Carmen Zayas, exigía cumplimientos conyugales. En medio de semejantes desgarros, la patria, más imperiosa que nadie, urgía a un quehacer cual ninguno. Martí titubeó humanamente. Se arropó durante meses, de amoroso ol-

vido, pero cómo asordarse si era tan numeroso y vario el reclamo... Un día abandonó todo. Se metió en un barquito y desembarcó en Cuba. Nadie le obligaba a eso, ni mucho menos a destacarse en una patrulla, a modo de escampavías. Pero, él lo quiso. A los primeros tiros, la muerte. Hay quien piensa que nunca hubo cita más anhelada. Yo no lo sé. Cuando se tiene cuarenta y dos años, y un hijo, y una mujer amada, y otra obligada, y el poema retozándole en las venas, y esa flúida, vital, múltiple y castiza verba, trasunto de un pensamiento igualmente poderoso, ¿será posible que se busque la muerte?

\* \* \*

Yo leí a Martí en antologías infantiles antes que en su obra completa. *Los zapatitos de Rosa*, *Ismaelillo*, la silueta de Rubén Darío. Me quedaron grabados para siempre unos versos que decían, que pueden decir aún, y repetirse *ab aeterno*:

*Yo quiero, cuando me muera,  
sin patria, pero sin amo,  
sobre mi sepulcro un ramo  
de flores y una bandera.*

Alguien glosará sin obstáculos: la bandera la tuvo, y las flores, y la patria que no esperaba. Pero ¿y el amo? No, esas exégesis de similor quedan fuera de lugar tratándose de José Martí. La aparente facilidad de sus prosas y versos, ocultaba una profunda concepción de la vida. Las palabras le brotaban naturalmente, con armonía y propiedad, como agua de surgente, sin más ni menos, sin énfasis, con un casticismo de... casta, con una melodía de música interior, con una espontaneidad de iluminado, con una trabazón barroca de quien anda retorcido de angustia por dentro y no puede libertarse de las exigencias de semejante agonía.

Martí está mejor en sus *Cartas*, y ahí le admiré a plenitud. Ca-

da misiva, escrita con firmes trazos, de una tirada, como respirando, contenía preguntas, respuestas, dudas, soluciones, nuevas preguntas, nuevas respuestas, una pregunta inesperada, que, esa sí, ya no, esa no se contestaba. Estaba tenso como un arco, disparando fisiológicamente dardos. Estaba templado como una cuerda, brotando sonos. Estaba enhiesto como un árbol, proyectando sombras. Todo era en él vegetal y humano, nada mineral ni brutal. Vegetal y humano, sensitiva, consciente, auténtico "pararrayos" celeste — torre de Dios — poeta" como Darío exclamó algún día. Y, sin embargo, no le veo torre ni pararrayos, salvo del mal gusto de sus innumerables rapsodistas, a cual peormente informado de su alma, aunque magníficamente enterados de su derrotero visible.

Se me ocurre que a Martí le está haciendo falta, todavía hoy, a los cien años, quien le sustituya de momento, quien se identifique con lo modesto de su ser, no con su penacho. Le veríamos, entonces, en su conmovedora orfandad de mimo, tratando de arrullarse con la patria, de envolverse en su bandera, de hacer cuna del sepulcro, de ensordecerse con músicas marciales e imperceptibles suspiros y quejas. Era hombre de amor y amar. Conjugación perfecta de tal verbo en todas sus personas y tiempos. Amo, amas, amaba, amaré, amaría, amaos y amadme. De todos los Quijotes que circulan por historias y leyendas, nadie lució con más secreto, pero inocultablemente su impronta, como el cubano de *Versos sencillos*. Veámosle, si no, cuando llega a Nueva York. Trabaja de sol a sol, como peón, aunque con tinta. Traduce, adapta, copia, publica. No es eso lo significativo. Lee apasionadamente a Emerson, Thoreau, la Alcott, al tronante Whitman, al dolido Poe, y se vuelve hacia sus paisanos de América, como en el *Ofertorio*, abriendo las manos y brindándonoslo en un *Dominus vobiscum* que, en vez de ser prenda de paz, resulta señal de alarma; porque desde "las entrañas del monstruo", como él llamaba a Nueva York, comprendía mejor que sólo teniendo a Dios con nosotros (recordemos el final de la *Oda a Roosevelt*, de Darío) podremos librarnos de la amenaza del Mammón.

\* \* \*

Muchas veces he imaginado un cuadro. Un hombre delgado, de ojos tristes, bigote lacio, cabellos negros y rebeldes, acariciando con mano pálida la cabeza de un niño ajeno, junto a una mujer que, aun cuando también ajena en la letra, era lo más entrañable para él. Una bandera chafada pendiente del muro. Un paisaje de palmas y olas en un grabado. Muchos libros en torno. Seca la pluma. Por la ventana, un paisaje de maravilla, del golfo de México. Ninguna presea bélica por los alrededores. Un cuadro doméstico y de terrible simplicidad. Y, no obstante, algo impalpable manando de aquello, una recóndita voz aleccionante, un intangible destino envolviendo la escena. No concibo a Martí, épico, ni oratorio, ni siquiera yacente. Mi José Martí está sentado en una silla, como cualquier expatriado pobre, carcomido de nostalgia, de heroísmo y de pobreza. No trae ningún mensaje escrito para el escultor que le perpetúe. Ni para el poeta que cobrará cantándole. Mucho menos para el político que tratará de inmortalizarse, inmortalizándolo. Un hombre corriente, vulgar y grandioso. El alma en los ojos, sí. En las manos. El alma hasta en la cabellera y la ropa. El alma, personaje primero cubriendo con su impalpable sombra el cuadro. El alma de Martí, y Cuba envuelta en ella.

Febrero, 1953.